

Después de tomado el café, pusímonos á escribir, en una misma mesa, el Sr. Santoyo su correspondencia para *El Día*, y yo la presente. De pronto nos vimos honrados con la presencia del Rey, que con varios señores regresaba de ver el baile de los aldeanos. Manifestó deseo de que leyésemos lo escrito; y, aunque observamos que era incompleta nuestra obra, nos invitó de nuevo bondadosamente, por lo cual yo leí todo lo que contiene esta carta antes de lo que se refiere á la llegada de S. M. á La Hermida. Durante la lectura de los cinco párrafos, y después de ella, se dignó favorecerme con muy lisonjeras frases, que no merezco, pero que siempre recordaré con gratitud.

Durante todo este tiempo, los bailes y los cánticos de la gente joven no cesaron junto al Casetón, y uno de los cantares era así:

A nuestro rey Don Alfonso
le tienen que preguntar
si le pintan bien los aires
del pico del Samelar.

Un caso curioso para terminar. Cuando el Rey, con los que le habíamos acompañado á ver la puesta del Sol, volvía hácia la casa, dos mujeres que iban en opuesta dirección paráronse delante de él, y, con la naturalidad más afectuosa, una de ellas dijo á S. M.:

—¡*Muncho nos alegrámos de que haiga vuelto por acá, y con salú, señorito!*

Encantadora manifestación de ingenuo gozo, que el benévolo Monarca agradeció.

ALTURAS DE ANDARA, 17 de agosto.

A las cuatro y media de la madrugada cantaban hoy ya las mozas de Bejes, ante el Casetón de las minas, este pícaro cantar:

Para *dir* el Rey á caza
la mañana está *rucida* (1);
para *dir* á los rebezos,
tienen ustedes mal día.

Al oír tan mala nueva, y pues estaba ya vestido, abrí la ventana de la habitación, creyendo que había oído soñando; y efectivamente vi... que no veía, por causa de la espesa y húmeda niebla que envolvía todo cuanto constituye el puerto de Andara; y cuando, media hora después, desperté á los Sres. Arce, Santoyo y

(1) Mañana en que cae mucho rocío, como lloviznando por efecto de la niebla.

Cedrún, que dormían en la misma habitación que yo, en vez de saludarles diciendo: «¡Señores, muy buenos días!», malhumorado por el contratiempo de la niebla les arrojé sin consideración este cohete á la Congreve:

«¡Mal día, señores! ¡Hay una niebla muy densa!»

A pesar de todo, el Rey, siempre animoso, dispuso la subida al pico del Samelar, ya descrito en una de mis precedentes cartas; y lo dispuso creyendo que, como opinaban algunos monteros muy prácticos en el país, era probable que las nubes no llegaran, ni con mucho, á la escabrosa elevación en que estaba dispuesto el cazadero. Terminado, pues, el desayuno, Su Majestad montó á caballo á las ocho y cuarto, y, haciendo lo mismo su acompañamiento, se comenzó la subida á la alta peña.

Viste el Rey elegantísimo colete de piel de cabra, color canela, y monta un alazán hermoso. Tras el egregio cazador seguía larga fila de jinetes por la pendiente senda arriba, y á las nueve estaba ya S. M. en el cazadero que se le había dispuesto; ocupando de dos en dos, ó de tres en tres, los señores de la comitiva, los puestos más convenientes en las diversas escabrosidades de la cumbre. Pero la densidad de las nubes era allí mayor que abajo, y, no viéndose nada en aquel sitio, decidió S. M. regresar al Casetón de las minas.

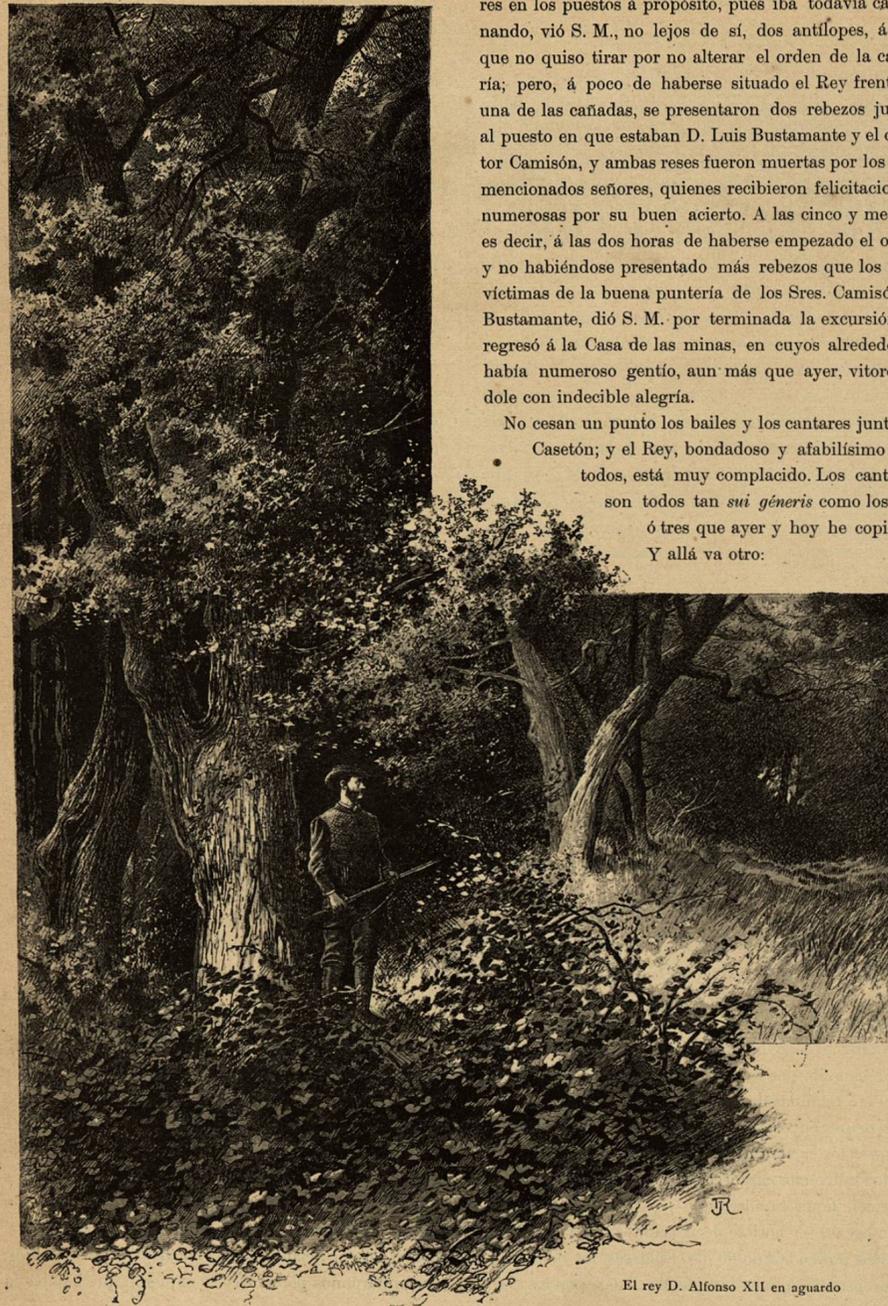
En toda la demarcación minera había entonces un cielo limpio de nubes, y brillaba sin obstáculos la luz del Sol, notándose lo mismo por la parte de occidente; viendo lo cual, y apenas el almuerzo terminado, Su Majestad resolvió subir al Pico del Jierro, ya también descrito por mí días pasados, y al cual llegamos á las tres menos cuarto. Bellísimo cuadro se ofreció á los ojos de S. M. durante aquella ascensión. Seguíamosle 17 jinetes, con la escopeta terciada á la espalda y uno tras otro, por no exponernos de otro modo á que resbalase algún caballo y rodase por los precipicios con quien le montara; y cuando el séquito del Rey formaba ondulante hilera por los pendientes zigzacs de aquel camino, veíanse ir delante, á pie y por diversas cumbres y cañadas, los ojeadores, también con armas; de manera que parecían guerrillas de guías del país, delante de un cuerpo de ejército, al ir á dar una batalla, según acertadísima y exacta comparación hecha por Su Majestad.

Si ya no hubiese hablado á V., en otras cartas, del hermoso espectáculo que presentan desde las grandes alturas de estos Picos las nubes, cubriendo otras montañas no tan altas y el mar, diría que á todos, al Rey y á su acompañamiento, causó agradable impresión.

Antes de comenzarse el ojeo y colocarse los cazado-

res en los puestos á propósito, pues iba todavía caminando, vió S. M., no lejos de sí, dos antílopes, á los que no quiso tirar por no alterar el orden de la cacería; pero, á poco de haberse situado el Rey frente á una de las cañadas, se presentaron dos rebezos junto al puesto en que estaban D. Luis Bustamante y el doctor Camisón, y ambas reses fueron muertas por los dos mencionados señores, quienes recibieron felicitaciones numerosas por su buen acierto. A las cinco y media, es decir, á las dos horas de haberse empezado el ojeo, y no habiéndose presentado más rebezos que los dos víctimas de la buena puntería de los Sres. Camisón y Bustamante, dió S. M. por terminada la excursión, y regresó á la Casa de las minas, en cuyos alrededores había numeroso gentío, aun más que ayer, vitoreándole con indecible alegría.

No cesan un punto los bailes y los cantares junto al Casetón; y el Rey, bondadoso y afabilísimo con todos, está muy complacido. Los cantares son todos tan *sui generis* como los dos ó tres que ayer y hoy he copiado. Y allá va otro:



Tomo III.—Caza mayor y menor

El rey D. Alfonso XII en aguardo

Retírense los alcaldes,
retírense en *los* sus pueblos,
que aquí no manda *denguno*
más que nuestro Rey primero.

Mañana descansará S. M. un rato, y por la tarde irá al puerto de Áliva, para llegar al cual, aunque está tocando en éste de Ándara, se necesita emplear unas cuatro horas por grandes rodeos que hay que hacer. Pasado mañana, 19, hará la gran cacería de rebezos, y bajará á pernoctar en Potes, en vez de hacerlo en el desierto de Áliva, como estaba proyectado. De este modo se adelanta un día la primera cacería de osos. Esta innovación en el primitivo plan ha sido motivada por haberse recibido aviso de que, además de la osa y el *escañeto* (oso de cría) vistos en el bosque de Bedoya, se sabe que hay tres osos grandes en un bosque perteneciente al pueblo de Ledantes. Habrá, por tanto, dos días, 20 y 21, destinados á la caza de las fieras dichas.

Como después de almorzar, mañana, S. M. y la regia comitiva marcharán de este puerto de Ándara para el de Áliva, según dejo dicho, ha querido antes el Rey dar una prueba más de sus bondadosos sentimientos; y á este fin ha entregado, para las mozas y los pobres de estas aldeas, 5,000 reales al ingeniero D. Benigno de Arce.

POTES, noche del 19 de agosto.

Brillante fué la cacería. Verdadera batalla: en los muy hondos pedregales y en las muy ásperas cumbres fueron obligados los rebezos á saltar y correr velocísimos por los picachos y declives que había en derredor del cazadero. Con un solo magnífico tiro alcanzó el Rey, á grande distancia, á dos de las salvajes reses, que rodaron muertas peña abajo; y, sin que trascurrieran muchos minutos, tuvimos la satisfacción de ver que mató dos más de los agilísimos rebezos. Los señores general Terreros, brigadier Goicoechea, coronel Barcáiztegui, doctor Camisón, D. Mariano Henestrosa y otros ilustres cazadores, dieron muestras de cetera puntería, cuando, por ser pocos los rebezos que iban saltando en cada grupo, fué posible observar bien el efecto causado por cada disparo de escopeta que se hacía. Pero reunidas desde muy lejos espantadas bandas de rebezos, cuyos increíbles saltos y cuya pasmosamente veloz carrera nos admiraba á todos, el tiroteo, desde los diversos cazaderos, se generalizó con tal acierto y con tanta rapidez, que por espacio de algunos minutos, sin ser posible decir cuántos ni cuáles fueron muertos por cada uno de los cazadores, los rebezos estuvieron rodando, víctimas de las balas, por las Gar-

mas ó pedregales movedizos, y por los declives de los riscos, hasta lo profundo de los precipicios; de tal modo que, en el mismo instante de haberse terminado aquella primera batida, se recogieron cerca de los cazaderos hasta veintiuna reses, y trece más en las hondonadas á la mañana siguiente, y otras nueve luego, y aun quedaron en la profundidad de los abismos otras víctimas, que no fué posible recoger.

Densísima niebla por los senos de la montaña que miran por el noroeste á la provincia de León, y por las hondonadas del este y del nordeste en dirección á Tielve y Sotres, impidió realizar las otras dos batidas proyectadas. Por tal motivo, y estando ya muy adelantada la tarde, S. M. el Rey dispuso el descenso de toda la gente al puerto de Áliva, lo cual se verificó, aunque con grave peligro por la oscura nube que nos envolvía, y con ánimo regocijado, porque, sin exageración, en tales sitios jamás cacería tan magnífica se había visto, ni tal vez se verá en lo sucesivo si el animosísimo Rey D. Alfonso XII no viene á realizarla.

Un cantar de las pastoras de Áliva, cuando bajábamos de Peña-Vieja, he de consignar aquí, por las circunstancias siguientes, que en concepto mío le avaloran mucho. Durante las cuatro horas y cuarto de nuestra ascensión á la tremenda cumbre, nos envolvió, como he dicho, en sus oscuridades preñadas de rayos, una furiosa tempestad de las dos que hubo aquel día en estas montañas. Sabían las pastoras que abajo, en la Casa de las minas, un rayo había penetrado en el que fué aposento del Monarca; mas no sabían lo que allá en la cumbre nos habría sucedido, y era racional creer que no faltarían víctimas de la negra tempestad. Quedó cubierta luego con espesas nubes la montaña por la parte sur, y así permaneció el resto del día; por manera que, cuando á última hora de la tarde comenzamos el descenso, era la empresa verdaderamente arriesgada y en extremo peligrosa, porque la oscuridad de la niebla se agrandaba por instantes con la proximidad de la noche. Las pastoras, entre tanto, conociendo la difícil situación de los expedicionarios, y no pudiendo proporcionarse noticias ciertas, pues aunque quisieran y pudieran subir por la increíble pendiente de la Peña tardarían mucho en ello, hicieron cuanto racionalmente les era permitido para salir de la terrible duda; y á este fin treparon por el gran precipicio que hay al pie de la montaña, y en una de las cuevas que se ven en la parte alta del abismo se quedaron esperando. Cuando al sitio en que se hallaban ellas llegamos los que delante de los expedicionarios veníamos, preguntáronnos por el Rey, y supieron que bajaba ya

cerca, bueno y muy contento; al oír lo cual las pastoras, con grande alegría y al son de las panderetas, prorrumpieron inmediatamente en este sencillo cantar:

¡Gracias á Dios que ya *gielvo*
esa su Real Majestad!
¡Gracias á Dios que ha bajado
sin *delguna* novedad!

Esto habla con más elocuencia que nada en favor de los nobles sentimientos que los montañeses de esta comarca tienen hacia el rey D. Alfonso XII.

Al pie de la montaña esperaban, y ofrecieron sus respetos al Monarca, el Alcalde y el Secretario del distrito municipal de Camaleño, con gentes de varios pueblecitos del mismo ayuntamiento; y entre grandes resonantes vítores y aclamaciones de entusiasmo, el Rey montó á caballo y... como ya es la media noche, y estoy rendido, reposaré durante dos ó tres horas, para muy de madrugada relatar á V. el viaje de las cinco leguas, que desde el pie de Peña-Vieja hay, río abajo, hasta Potes.

POTES, 20 de agosto.

La entrada de D. Alfonso XII en Potes, anoche, fué una escena hermosa, tal como en ninguna otra población de la provincia, exceptuando Comillas, se ha visto en el año actual, y tal, asimismo, como jamás en las montañas de Liébana la hubo.

Desde los precipicios mismos de Peña-Vieja, el Alcalde del distrito municipal de Camaleño, con muchísimas personas de los pueblos de Espinama, Pido, Las Ilces, Pembes, Mogrovejo, Lon, y otras aldeas de la parte occidental de Liébana, por varias de las cuales no tenía que pasar el Rey, lo cual avivó en aquellas gentes el deseo de ir á verle, aun teniendo para ello que hacer penosa jornada por bosques, vericuetos y peñascos; acudieron con vistosos arcos portátiles y estandartes, formados unos y otros de flores y de pañuelos de seda, linda y caprichosamente recogidos. Y disparando cohetes sin darse punto de reposo, y tocando panderetas, y cantando, y prorrumpiendo en vivas atronadores, y parándose de trecho en trecho con los arcos para que por ellos pasara el Rey, acompañaron á S. M. por espacio de legua y media, hasta que, traspuestos ya los pueblos Espinama y Pido, con lá arruinada Obrapia y los enmarañados bosques, y las risueñas praderías, y los pomposos maizales, y los arroyos

espumosos, que á lo largo del camino acuden á unir sus aguas á las del susurrante río Deva, llegó la regia comitiva á la aldea de Las Ilces, cerca de la cual se ven las ruinas del antíguísimo monasterio de Belenia, en que habitó durante algún tiempo el lebaniego rey Don Favila.

Anocheía ya cuando llegamos á la citada aldea de Las Ilces, y allí tuvo S. M. D. Alfonso XII la grata sorpresa de ser recibido con grandes muestras de gozo por todos los habitantes, provistos gran número de ellos de *hajas*, ó varas secas de ávellano, encendidas por una punta, produciendo bella luz, y con las cuales empezaron á correr por la orilla del camino al lado del río, delante del Monarca y á lo largo de la fila que formábamos los veintiséis jinetes que en aquellos momentos seguíamos al Rey. De este modo los entusiastas lebaniegos obsequiaban á D. Alfonso XII con una iluminación ambulante, tan sencilla como útil á través de los espesos bosques por las orillas del Deva, en cuya derecha margen está el angosto y desigual camino; y por su misma sencillez y su carácter semi-prehistórico, la iluminación era poética, cuasi completamente fantástica, en aquellas soledades de vegetación exuberante y en las ondulaciones mil de aquellas grandes montañas, entre las tremendas sombras de la noche, en que húmedos nubarrones cubrían todo el valle. No de otro modo fueron acaso las iluminaciones con que hace más de diez siglos acompañaron á su compatriota el héroe Pelayo los moradores de esos mismos pueblos, cuando, después de rechazar en ignorados combates á los moros, en las peñascosas lindes de la comarca lebaniega y auxiliado por los montañeses que le victoreaban, y cantaban, y gritaban el característico *ujujú*, volvía el caudillo triunfante á su casa solariega de Cosgaya.

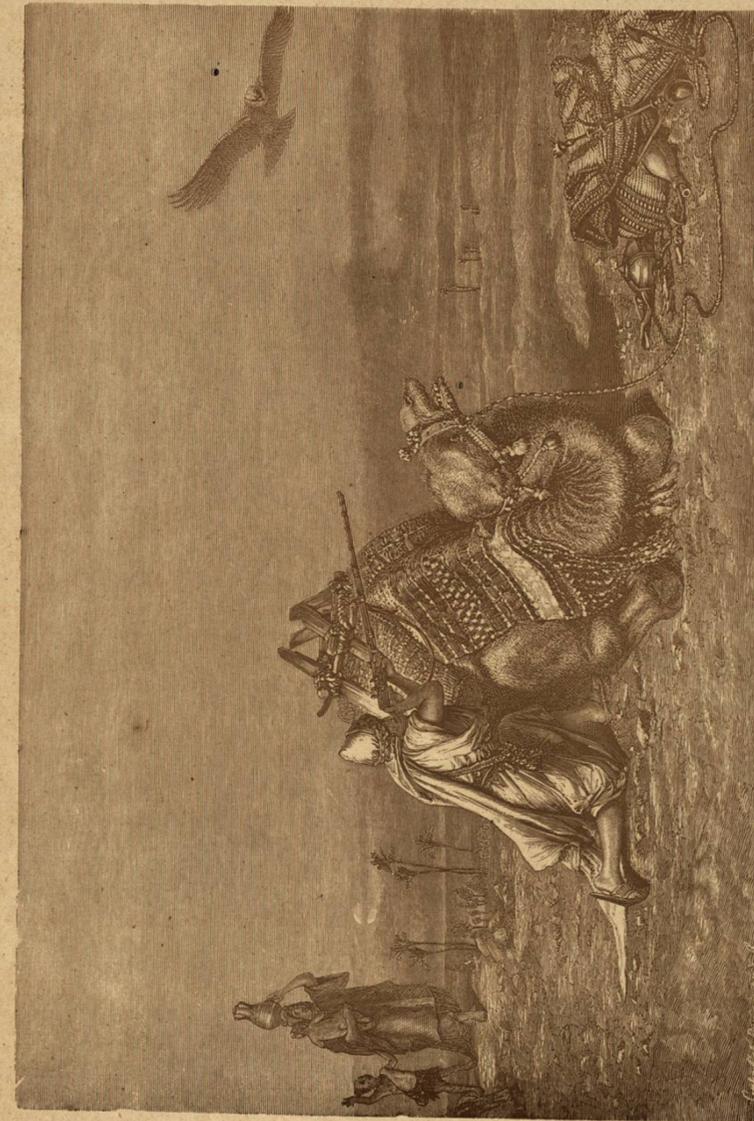
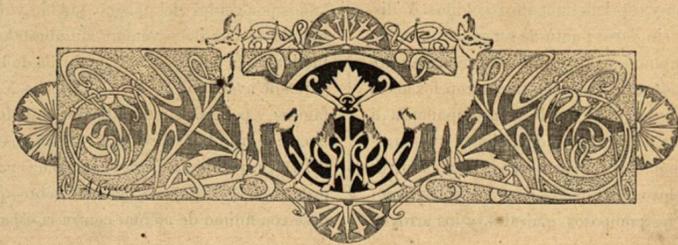
Y á Cosgaya llegó también, sin tardar mucho, el rey D. Alfonso XII; al pequeño Causegadia, mencionado por todos los historiadores que refieren los incidentes notables ocurridos al terminarse la gloriosísima acción de Covadonga. Desde Cosgaya, continuando los vivas y repique de campanas, fueron relevados por gentes del mismo pueblo y de Treviño los que desde Las Ilces venían alumbrando; y á la movable luz de la extensa y ondulante fila de las encendidas varas de ávellano, S. M. D. Alfonso XII pasó por el famoso y peligrosísimo Subiedes, monte de peñascos, que se derrumbó sobre fugitivos moros en las orillas del Deva, y cuyas enormes avalanchas parecen todavía próximas á desgajarse otra vez sobre quien por allí pase con ánimo de atentar contra la española indepen-

dencia. Pero aunque el Rey pasó por aquellos precipicios, haciendo ir al trote largo á su caballo, y siguiendo también el atrevido caminar, con peligroso ruido y recio golpe de herraduras, todos los demás caballos montados por la numerosa comitiva, los terribles y amenazadores peñascos de Subiedes permanecieron suspensos en el declive por donde parecen próximos á precipitarse. Diríase que, admirados de la bondad con que ha querido visitar á Liébana el actual augusto Rey, primero que tan grande honor ha hecho á estas montañas desde principios del noveno siglo, los terribles riscos de Subiedes se apenaron por el fiero aspecto que presentan, y amparados por la sombra de la noche se adhirieron con esfuerzo colosal unos á otros, para ocultar el gran peligro y librar de él al Monarca, que entraba en Liébana ofreciendo un corazón amorosísimo á los pueblos.

Pasó luego S. M. por Las Bárcenas, barrio ó aldea no lejos de donde, á la opuesta margen del Deva, están los antiquísimos pueblos de Pombes, Mogrovejo, Brez, Tantrio, San Pelayo y otras aldeas llenas de históricos recuerdos, con el *Platum Regis*, ó campo que fué del patrimonio de Pelayo; y llegó por fin el Rey á Camaleño, pueblecito que es cabeza del distrito municipal. Saludaron allí á su S. M. los Sres. Gobernador Civil de la provincia, Senador Conde Mansilla, Diputado á Cortes Marqués de Viesca y Diputado Provincial D. Ricardo Cuevas, cuya casa está inmediata en el pueblo de Varó, de que todo el valle toma nombre y que antiguamente gozaba de especialísimos fueros. Allí supe que en lo más llano de Liébana, en la Serna de la señorial villa de Potes, había volcado el coche en que el Gobernador Civil de la provincia salía á esperar al Rey; pero con gusto recibí la noticia de que no hubo daños personales en la caída. Y continuando, desde esas dos últimamente nombradas aldeas, el mismo alegre ruido de cánticos, vítores, repique de campanas, música de tamboriles y de panderetas; y substituída la iluminación ambulante de varas de avellano por otra de hachones de paja; pasó el Rey por debajo de bonitos arcos de

follaje, puestos sobre la carrera en Camaleño, Varó, Beares, La Flecha y Turieno, sin que las aclamaciones, los cánticos, el repique de campanas y el disparo de cohetes cesaran ni un instante en todo el largo bellísimo trayecto, hasta llegar á Potes á las nueve y media de la noche.

Pero en esta villa la ovación y el brillo de las iluminaciones, lejos de disminuir, crecieron de una manera muy notable. Yo sabía que estaba preparado un bello recibimiento en aquella población, muy amada de mi alma; pero hallé más y mejor que esperaba. Los balcones con innumerables luces en vasos de colores y en farolillos á la veneciana, ricas y vistosas colgaduras, inscripciones entusiastas y gentío inmenso á la entrada de la villa, revelaban el regocijo grande con que el pueblo capital de Liébana esperaba al Rey para obsequiarle. Y efectivamente: junto á una de las primeras casas por la parte occidental de la villa, y que pertenece al Alcalde, el cual salió al término de su distrito á recibir al Rey, multitud extraordinaria de luces, colocadas en los huecos y cornisas de la elegante vivienda, hacían resaltar un hermoso arco, iluminado también y que tenía por remate tres osos disecados; y allí numerosísimo gentío dió á S. M. la bienvenida con grandes y fervientes vítores, á la vez que el alegre repicar de las campanas en la próxima iglesia parroquial, y el estallido continuo de cohetes, añadían jubilosos ruidos á las gozosas aclamaciones populares. Desde allí, por calles cuyos balcones, bellamente iluminados y con elegantes colgaduras, estaban llenos de señoras, que arrojaban flores y saludaban agitando los pañuelos, mientras que los grupos que abajo vitoreaban al Monarca hacían difícilísimo el paso de los jinetes; llegó D. Alfonso XII á la plaza, iluminada con bengalas, y en la cual dos arcos, uno muy elegante, de follaje y de varias frutas del país, é iluminado, y otro preciosísimo, de corcho todo él, iluminado asimismo, y con la inscripción *A S. M. el Rey D. Alfonso XII, la Sociedad Corchera*, llamaron muy justamente la atención del Rey y de toda su comitiva.



UNA CACERÍA EN ÁFRICA